

universal en toda la cristiandad. Habiendo muerto la bienaventurada Juliana, otra santa religiosa de Lieja, llamada Eva, su amiga y heredera de su espíritu y de su devoción, tomó á su cargo la institución de la festividad; ella obligó al obispo á escribir al papa Urbano IV, á quien ella había conocido en Lieja, el cual, después de haber deliberado sobre el particular con el Sacro Colegio y con los teólogos de Roma, publicó su magnífica bula del año de 1264, por la que ordenó la fiesta del Santísimo Sacramento en toda la Iglesia. Al mismo tiempo el Santo Padre había dado la comisión al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que se encontraba entonces en Roma, de componer el oficio para la nueva festividad, á lo cual debemos los himnos y la prosa del Santísimo Sacramento, que se cantan seis siglos há: verdaderas obras maestras de exposición del dogma católico de la Eucaristía, y de la más elevada y encantadora poesía; y á fin de que constase que todo esto había sido hecho á instancia y por inspiración de santas mujeres, Urbano IV tuvo la atención de enviar á Eva la citada bula y el hermoso trabajo de Santo Tomás relativo á ella, con una carta, fechada el 8 de Setiembre del mismo año, en que le dice: «Amada hija: Ved ahí el cumplimiento de lo que tanto habeis deseado. Nos lo hemos declarado con los preladados que se han hallado presentes. Nos os enviamos el libro que contiene el oficio de esta festividad, y deseamos que permitais que saquen una copia todas las personas que lo deseen.» (Labbe, tomo II, pág. 817.) Se ve, pues, que Dios se valió de las mujeres para establecer esta solemnidad, que los franceses llaman con mucha razón la FIESTA-DIOS, porque en el misterio objeto de esta fiesta manifiesta Dios el poder, la sabiduría y la caridad de un Dios, y recibe, como Dios, los más grandes testimonios del pueblo fiel; y porque éste es el misterio de la fe de Dios por excelencia, que reúne en sí todos los misterios del Cristianismo, y cuya celebración es la confesión pública, el triunfo de la fe católica, el anatema de todas las herejías, el gozo de los verdaderos cristianos y la gloria de la Iglesia (1).

(1) Entre las santas mujeres que, sin ser reinas, hicieron un gran bien á la religión y á los pueblos, no debemos olvidarnos de la bienaventurada Isabel, hermana única de San Luis, rey de Francia. Tan dócil como él á las inspiraciones de Blanca, su madre, fué desde su infancia una santa, y se consagró á Dios con el voto de virginidad. Así fué que rehusó el matrimonio de

§ XLVIII.—Ninguna nación católica tuvo, en la Edad Media, mayor número de obispos santos que la Francia. Sin embargo, ellos adquirieron la santidad por causa de las *mujeres religiosas*.—Pruebas históricas de este hecho.—Celo de estas mismas mujeres para la obra de las misiones.—San Bonifacio ayudado por ellas en su misión de cristianizar la Alemania.

Mas, á pesar de lo humildes, piadosas y retiradas del mundo que eran las mujeres religiosas de la Edad Media, no por eso dejaron de trabajar, por todos los medios que la verdadera piedad pone á disposición de la mujer católica, en la regeneración de los pueblos y en la ventura social. Y esto, en primer lugar, por la parte que tuvieron en la santificación del clero.

Conrado, hijo del emperador Federico II, que San Luis y el papa mismo Inocencio IV le aconsejaban. Desde entonces su santo hermano la hizo su limosnera, ó el ministro de su misericordia y de sus liberalidades para con los desvalidos. Ella alimentaba una gran multitud de pobres, y les servía con sus propias manos. Su abstinencia era prodigiosa; ella dedicaba á la oración y á la lectura de la Escritura Santa todo el tiempo que le dejaban libre sus obras de caridad. Su gran recreo consistía en piadosos coloquios con San Luis, y nada era más edificante que ver á aquellos dos santos hermanos hablando de las cosas del cielo y rivalizando en celo de hacerse más agradables á Dios y más útiles á los pueblos. Otro de los objetos de recreo para Isabel, digno también de un alma caritativa, era el de hilar con su rueca de marfil, en compañía de otras santas jóvenes que se había asociado, y hacer gorros y otros objetos para sus pobres. Un día que acababa de hacer un gorro, le dijo San Luis: «Hermana, ¿querrás darme ese gorro para ponérmelo de noche?—No, respondió Isabel; yo he pensado que pertenezca á Nuestro Señor Jesucristo, porque es el primero que he hilado hasta ahora.—En ese caso, replicó San Luis, nada tengo que decir; sólo te pido que hiles otro para mí, porque deseo tener una cosa hecha por tus manos.» Aquella misma noche el gorro estaba en la cabeza de un pobre enfermo á quien la buena princesa enviaba todas las tardes los manjares de su mesa.

Deseando ser útil aun después de su muerte, la bienaventurada Isabel fundó la abadía de Longchamp, en los alrededores de París, cuyas religiosas, reunidas por ella, estaban encargadas en educar á las jóvenes pobres y en distribuir limosnas. Por esta razón dió ella á esta fundación el título de la *Humildad de nuestra Señora*. Ella misma fué quien redactó su admirable regla, en la que San Buenaventura, á quien ella la presentó, nada tuvo que corregir. Este establecimiento fué una escuela muy útil de piedad y una fuente inagotable de auxilios para los pobres de la comarca por espacio de muchos siglos, hasta que el espíritu pagano del siglo XVII lo invadió, é hizo reinar en él más de mundano que de piadoso, y convirtió la *visita de Longchamp*, durante la Semana Santa, en un paseo de lujo y de vanidad, uno de los mayores escándalos que afligen las miradas cristianas del extranjero en París.



No conocemos ninguna nacion cristiana que tuviese mayor número de santos obispos que la Francia durante el largo período de la Edad Media. Sólo en el siglo vi tuvo á San Félix de Nántes, á San Donato del Mans, á San Fortunato de Tours, á San Dalmacio de Rodas, á San Mauricio de Cahors, á San Elafio de Chalons, á San Aunario de Auxerre, á San Evancio de Viena, á San Femeoldo de Limoges, á San Veran de Cavaillon, á San Etero de Lyon, á San Arigo de Gape, á San Virgilio de Arlés, á San Félix de Bourges y á su sucesor San Sulpicio Severo, sin hablar de San Martin, de San Remigio ni de San German, de quienes hemos referido algunas particularidades; es decir, que todos los obispos de Francia de aquella época fueron santos, lo cual no se vió en parte alguna. El celoso traductor de la *Galia cristiana* nos ha comunicado una observacion importante que él ha hecho, al recorrer la inmensa coleccion de documentos de las *Glorias de la Francia cristiana*, y es, que desde el siglo iv hasta el siglo x todas las sillas episcopales de Francia, con muy raras excepciones, fueron ocupadas constantemente por santos, y que la santidad fué hereditaria en ellas. De este modo se concibe por qué la nacion francesa ha sido desde entónces la nacion más cristiana, y por consiguiente, la más poderosa y la más culta, supuesto que la Escritura Santa dice que las costumbres del pueblo son el reflejo de las costumbres de los sacerdotes: *Erit sicut populus sic sacerdos*. (Ose., iv, 9.) De modo que la Francia es hija de los santos y obra de los santos. Pero el mismo traductor nos ha comunicado otra observacion más importante aún para el asunto de que tratamos, y es, que la misma obra nos muestra siempre, al lado de cada uno de aquellos santos obispos, una madre, una hermana ó una tia, tambien santa, que ha impreso profundamente en él el espíritu del Cristianismo, que lo ha animado, que lo ha sostenido en sus trabajos, que lo ha ayudado en sus empresas y que lo ha hecho tal como ha sido. Pues bien, lo mismo ha sucedido en el resto de Europa; de modo que la Francia, lo mismo que la Europa entera, debe á las mujeres esos hombres extraordinarios. Ved aquí algunos ejemplos, que servirán para juzgar de los demas.

San German, cuya vida fué tan grande, cuyos viajes fueron señalados con milagros para la conversion de las almas y la curacion de los cuerpos, cuyo tiempo lo empleaba todo en fundar monaste-

rios y en evangelizar á los pueblos; San German, el apóstol de la Gaula y de la Gran Bretaña, que proclamó y bendijo á Santa Genoveva, el terror de los alanos; San German, dice M. Capefigo, *fué una creacion de Santa Germanila, su madre*.

San Lope, el celoso compañero de San German en el apostolado, enviado por un Concilio de la Gaula y por el Papa á evangelizar á la Gran Bretaña, una mujer fué quien lo santificó y lo dió á la Iglesia. Nacido en Toul, de una familia noble, se habia casado con Santa Peménides, hermana de San Hilario, obispo de Arlés. Esta santa mujer, desde el dia primero de su matrimonio, se puso á cultivar con un especial cuidado el entendimiento y el corazon de su esposo. Ella le inspiró el desprecio del mundo, el amor de Dios y de la virtud, y un gran celo por la religion. Y cuando, á los siete años de esta instruccion continua, le vió ella dispuesto á ofrecerse en cuerpo y alma á la perfeccion y á la santidad, le persuadió á que se separase de ella, á fin de vivir los dos tan sólo para Dios. Peménides se retiró á un convento, y Lope al célebre monasterio de Levins, donde recibió las órdenes, y de donde salió para regocijar á la Iglesia y admirar al mundo con sus trabajos apostólicos, y con las abundantes bendiciones con que Dios los coronó.

San Eloy y San Ouen eran todavía legos y tenian el celo, dice Rohrbacher, y ejercian en cierto modo la autoridad de obispos. Ellos hacian reunir Concilios para reprimir el libertinaje y la simonía. Ellos arrojaban de la Neustria á los herejes, á los apóstatas y á los impostores, y velaban para sostener la pureza de la fe. Pero hacian todo esto excitados y ayudados por las santas mujeres. Cuando San Eloy fué despues obispo de Noyon, Santa Aura era quien lo sostenia y le proporcionaba los vasos sagrados para las iglesias; y San Ouen, creadó despues obispo de Rouen y de Tournay, fué ayudado en sus trabajos apostólicos por Santa Augadrema, señora de Beauvais.

Los dos hermanos San Cagnon, obispo de Laon, y San Faron, obispo de Meaux, fueron educados en la más tierna piedad por Santa Fara, su hermana; y esta misma ilustre virgen, consagrada despues por San Columbano, le ayudó á convertir al Cristianismo un gran número de habitantes del país de Brie, en el siglo vii.

San Emmembent, obispo de Cambray, lo mismo que su padre,



fué convertido por el Cristianismo práctico de Santa Gudula, su hermana.

San Proyecto (*Projectus*), obispo de Clermont-Ferrand, fué educado igualmente en la piedad por Santa Prica, que tenía una viva fe de que este niño había de ser un día obispo y mártir de los intereses cristianos de su diócesis.

San Lezin, obispo de Angers, fué santo por los cuidados de Santa Paulina de Bretaña, su madre.

Santa Oportuna, de Normandía, estableció con su celo y sus virtudes la piedad y reformó las costumbres en Neustria en el siglo VII. Santa Doda hizo lo mismo en la Champaña. Los obispos de Reims fueron tan fuertes por su auxilio y por su adhesión, que le hicieron tan grande bajo el punto de vista religioso y político.

Muchas de aquellas heroínas de la verdadera piedad contrajeron entonces el mérito de concurrir á la grande obra de las misiones, que los sucesores de los apóstoles emprendían para extender el Cristianismo en aquellas comarcas de Europa que eran todavía paganas. Hablemos sólo del célebre San Bonifacio, aquel enviado de la Santa Sede para cristianizar la Alemania en el siglo VIII; aquel gran conquistador de la fe, al mismo tiempo que Carlo-Magno lo era de la política. Todavía se conservan muchas cartas suyas, dirigidas á diferentes personajes, y estas cartas nos prueban que aquel gran apóstol de la Edad Media fué ayudado, animado y consolado en sus trabajos apostólicos por las mujeres religiosas de todos los países católicos.

Santa Bougga, abadesa de Fanet, y pariente de Egberto, rey de Inglaterra, puso á San Bonifacio en relaciones con este monarca, y le envió generosos socorros para su misión. Santa Edburga, abadesa del monasterio de Viseburn, en Inglaterra, proporcionaba también al santo misionero vestidos para él, para sus colaboradores y para los pobres, y ejemplares de la *Biblia*, copiados por su mano ó por la de sus religiosas, para repartirlos entre sus neófitos. Así es que á la misma abadesa le manifiesta él sus trabajos y las oposiciones que encuentra, sus combates exteriores y sus temores interiores, los artificios de sus falsos hermanos, peores que la malicia de los paganos; finalmente, á ella es á quien da cuenta, despues del Papa, del resultado de su misión, porque ninguna persona, des-

pues del Papa, tomaba mayor interés ni manifestaba mayor celo por asistir y consolar al santo misionero.

Pero quien más le ayudó en la obra de la conversión de las almas fué la célebre Santa Liobba, su consanguínea, la mujer más piadosa, la más celosa y la de más talento de su tiempo. Consagrada á Dios desde su juventud en un convento, bajo la dirección de la abadesa Fetta, hermana del Rey de Inglaterra, y habiéndose dedicado con el mayor ardor al estudio de las ciencias sagradas y profanas, había hecho en ellas tales progresos, que era un objeto de estimación y de admiración aún para los mismos hombres. Ella sabía toda la Escritura Sagrada de memoria; la filosofía y la teología, el derecho canónico y el derecho civil, las ciencias naturales y la política, la literatura y las artes, le eran familiares. Pero siendo un verdadero prodigio de todos los conocimientos, era un prodigio todavía mayor de todas las virtudes. Siendo ella la primera por la santidad y por la ciencia, se consideraba inferior á todos por su humildad. Sus delicias consistían en ejercer la hospitalidad con los extranjeros y la caridad con los pobres, á quienes ella misma lavaba los pies como una criada y consolaba como una madre. Así es que, mientras que los grandes hombres recurrían á sus luces, los pueblos y los reyes, y Carlo-Magno en particular, imploraban el auxilio de sus oraciones. Todos la admiraban como sabia y la veneraban como santa. (*Act. Bened., Vit. S. Liobbæ.*)

San Bonifacio tenía demasiado celo y demasiado talento para no conocer que una mujer semejante le sería de mucha utilidad para ayudarlo á propagar la luz de la fe en Alemania. Así fué que la pidió á la Inglaterra, y aunque con mucho trabajo, la obtuvo para su misión. Á fin de completar su obra y asegurar más y más la conversión de los alemanes, pensó San Bonifacio que le sería muy útil tener ciertos monasterios; en esta virtud, confió á Santa Liobba el cuidado de fundar monasterios de mujeres, así como dió á San Sturme el encargo de fundar otros monasterios de hombres, y sus designios no fueron defraudados. Por el celo infatigable de estos dos santos se encontró en poco tiempo la Alemania cubierta de un prodigioso número de conventos de los dos sexos, que llevaron por todas partes la instrucción, las virtudes y la santidad, y esparcieron y popularizaron el conocimiento y la práctica de las doctrinas del Evangelio. «Hubiera sido muy de desear, dice Rohrbacher, que



todos los sacerdotes de la Alemania hubiesen tenido la ciencia de Santa Liobba; porque entre ellos los habia bastante ignorantes, aún respecto al modo de administrar el sacramento del bautismo. » (Tom. XI, pág. 19.) Santa Liobba ayudaba, por consiguiente, á San Bonifacio, no sólo en la instruccion de las mujeres, sino tambien en la de los hombres, y aún en la de ciertos eclesiásticos, á quienes enseñaba, con la ciencia, los deberes de su estado. Santa Liobba fué para San Bonifacio lo que Santa Tecla para San Pablo, la compañera de su apostolado, *socia apostoli*, y uno de los más poderosos medios de que se valió para acabar y afirmar la gloriosa conquista de los pueblos alemanes al Cristianismo.

§ XLIX.— Las *mujeres religiosas*, misioneras igualmente.— Santa Salaberga, Santa Hildegarda, Santa Gertrúdis, Santa Francisca Romana y Santa Juliana.— Celo de estas santas en la conversion de los pecadores y en la santificacion de los hombres.— Santa Brígida, su apostolado y sus profecías relativas á los griegos.— El prodigio de Santa Rosa de Viterbo predicando y convirtiendo á los herejes.

Las *mujeres religiosas* de la Edad Media, no sólo contribuyeron en gran manera, con su ciencia y con su celo, al buen resultado de las misiones que se hacian entónces en los países de Europa todavía paganos, sino que muchas de ellas, por los establecimientos piadosos que fundaron, y por su celo en convertir á los pecadores y en propagar la santidad, fueron tambien unas verdaderas misioneras.

Santa Salaberga, hija del duque Gaudoin, habia resuelto desde su infancia consagrarse al Señor; mas habiendo sido obligada, por órden del rey Dagoberto, á casarse con un gran señor de su córte, llamado Blandin, se indemnizó de la pérdida de la virginidad en su persona, inspirándola á sus hijas y á las doncellas más nobles de su país. Hizo aún más: inquieta siempre por no haber podido seguir su primera vocacion, persuadió á su esposo á retirarse del mundo y á abrazar el estado eclesiástico, y ella se hizo religiosa. Ella fundó, bajo la direccion de San Valdeberto, un monasterio en la diócesis de Langres, adonde se retiró, y adonde más de trescientas doncellas nobles fueron á colocarse bajo su direccion. Ella tuvo tambien la dicha de ser al apóstol de toda su familia, por sus

ejemplos y por sus oraciones, y de esparcir muy léjos la santidad por medio de su misma familia; porque Gaudoin, su padre, Boda, su hermano, Blandin, su esposo, Austrada, su hija, y sus dos hijos, Eustasio y Badouin, fueron de aquellos santos que santificaron á muchas personas. Boda igualmente, el único de sus hijos que contrajo matrimonio, cediendo á las piadosas inspiraciones de su santa esposa, Odila, renunció al matrimonio y fué uno de los más santos obispos de Toul, y su esposa se retiró á un convento con Austrada, su hermana política. Habiendo querido despues trasladar su comunidad á la ciudad fuerte de Laon, Santa Salaberga y sus religiosas fueron recibidas procesionalmente por el obispo y su clero, como si fuesen sus ángeles tutelares; porque los obispos sabian muy bien que semejantes establecimientos de santas vírgenes en las ciudades esparcian en ellas el santo olor de Jesucristo, y eran uno de los más grandes medios de santificar á los pueblos.

Santa Hildegarda, fundadora del monasterio del monte de San Ruperto, ejerció tambien en la misma época un apostolado muy útil y muy eficaz en Francia y en Alemania. Despues de las informaciones más escrupulosas acerca de su persona y de su conducta, despues del exámen más severo de sus escritos, el papa Eugenio III habia aprobado su espíritu y confirmado sus revelaciones, á instancias de los obispos y de San Bernardo, en un Concilio reunido en Tréveris, al que él asistió, acompañado de diez y ocho cardenales. Habiendo aumentado esta imponente aprobacion la estimacion y la veneracion que todos profesaban á aquella santa religiosa, y habiendo dado una gran autoridad á sus palabras, corrian de todas partes á su monasterio, como á San Juan en el desierto, para obtener sus consejos, para oír su santa conversacion, para implorar el auxilio de sus oraciones en las desgracias privadas y en las calamidades públicas, y todos se retiraban mejorados y convertidos, porque nadie podia resistir á la elocuencia de sus discursos, realizada por la virtud de sus prodigios y por el prodigio de sus virtudes. El bien que hacia desde léjos con sus cartas no era menor que el que hacia de cerca con sus discursos. Cuando los reyes, los grandes señores y aún los obispos mismos le escribian para consultarle sobre los más importantes negocios de sus estados ó de sus iglesias, Santa Hildegarda, al responderles, no se olvidaba de dirigirles sus advertencias saludables, de reprenderles sus defec-